

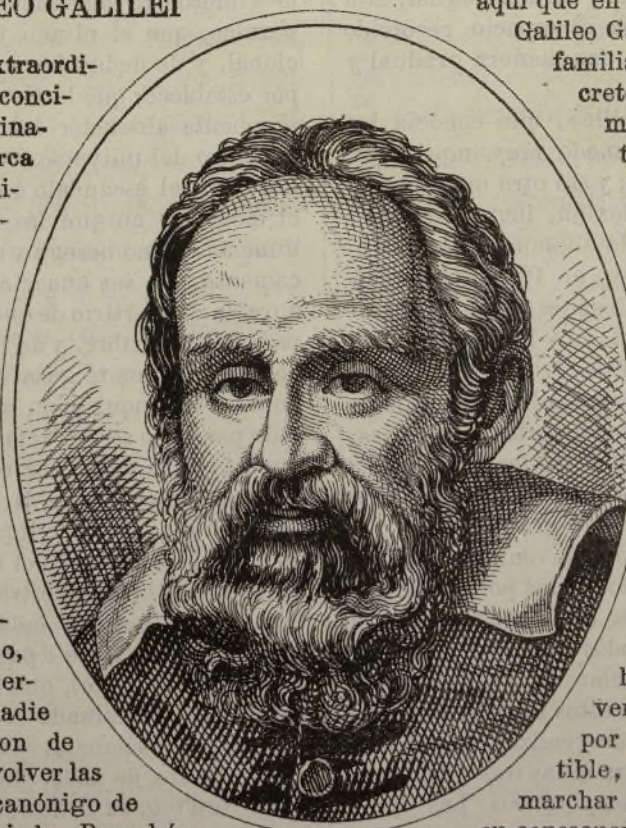


REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

GALILEO GALILEI

Copérnico, el extraordinario génio que concibió tan extraordinarias hipótesis acerca del sistema del universo, habia muerto veinte años antes. Su libro, que en un principio fuera objeto de general curiosidad, era revisado únicamente por los sabios y pensadores; el vulgo de las gentes estudiosas continuaba acogiendo el sistema de Ptolomeo, que supone á la tierra inmóvil, y nadie aceptaba la mision de esplanar y desenvolver las doctrinas que el canónigo de Thorn habia iniciado. Pero hé



aquí que en 1564 nace en Pisa Galileo Galilei, hijo de noble familia; y por oculto decreto de la Providencia muestra desde sus más tiernos años afición á una clase de investigaciones que la mayoría rehusa, y que muy pocas consiguen con fruto. En vano el padre de este célebre pisano pretendió que siguiera sus huellas, consagrándose á la música; ó que se dedicara á las artes del dibujo; su hijo, arrastrado por verdadera vocacion y por propension irresistible, resistióse siempre á marchar por tal camino, y en su consecuencia fué inscrito co-

Galileo Galilei.

mo alumno de aquella célebre universidad para que cultivara la Medicina y la Filosofía. También en estas enseñanzas reveló su carácter díscolo y atrevido. Lejos de aceptar las rutinarias y convencionales teorías de sus maestros, dotado de una extraordinaria penetración y de un espíritu verdaderamente práctico, comenzó por refutar las enseñanzas de sus profesores, y acabó por malquistarse con todos ellos. Esta indisciplina y esta independencia eran, sin embargo, indicios patentes de su genio, y anuncios de que no tardaría en asombrar con sus observaciones y descubrimientos.

En efecto, apenas había cumplido diez y nueve años, y aún frecuentaba las escolares aulas, cuando ya se le ocurrió la idea del péndulo para medir los instantes, y preparó la invención de los relojes que todos conocemos. Sugirióle esta teoría un hecho ó fenómeno en que ninguno había reparado hasta entonces, á pesar de ser harto frecuente. Al encender cierto sacristán una lámpara, suspendida en la catedral de Pisa, fijó el estudiante su atención, y pudo notar que oscilaba al moverse, y que la duración de las oscilaciones era siempre igual, aún cuando disminuyera el espacio recorrido por la lámpara de una manera gradual y lenta.

Poco después Galileo, que conocía las matemáticas de un modo muy imperfecto, aplicóse á su estudio; y sin otro maestro que su poderosísima reflexión, llegó á sobresalir en este ramo de la ciencia, y á los veinte y cinco años obtuvo en Pádua una cátedra. Algun tiempo después inventó el termómetro, instrumento hoy harto común, y la balanza hidrostrática, que sirve para apreciar la densidad de los líquidos, puesto que está esta en razón directa de su peso, y más tarde fijó y demostró las leyes á que obedecen los cuerpos en su caída hacia la tierra por la acción de la gravedad.

Tales y tan utilísimos inventos contradecían las opiniones profesadas por los físicos y sábios de aquellos tiempos, y esto fué causa de que casi todos ellos ridiculizaran al innovador y se declarasen sus enemigos jurados. Mas no eran estos los más trascendentales que había de realizar, ni los que desencadenaron contra él las iras y las maldiciones de sus contemporáneos. Las cuestiones astronómicas, el nuevo sistema que

expuso y las innegables consecuencias que entrañaba, fueron la ocasión de que su celebridad llegara al último límite, y de que su nombre se haya transmitido á la posteridad en medio de leyendas y fantásticas exageraciones.

Hallándose en Venecia por los años de 1609 este sábio, ya respetable por su edad, construyó un telescopio, que aumentaba treinta veces el tamaño aparente de los objetos lejanos, ó más bien que disminuía su distancia en esta proporción. Gracias á este entonces maravilloso aparato, Galileo observó la luna, reveló que este satélite gira alrededor de la tierra, mostrando siempre el mismo hemisferio, y aún aventuró la inverosímil hipótesis de que está poblado este cuerpo celeste. También descubrió que la vía láctea, ó *camino de Santiago*, está formada por infinita multitud de estrellas; que Saturno se halla circundado de varios anillos luminosos; que el sol tiene manchas y gira ó voltea sobre su eje, y que el planeta Venus presenta fases análogas á las de la luna.

Estos y otros descubrimientos por el estilo vinieron á confirmar el sistema de Copérnico, que el pisano juzgó siempre racional, y de deducción en deducción acabó por establecer que la tierra se mueve efectivamente alrededor del sol, y que este es el centro del universo. Con tales afirmaciones llevó el escándalo á su colmo, y desde el momento en que las formulara fué denunciado como herege y combatido enérgicamente por sus audacias. Así preparó esa aureola de martirio de que se ha visto acompañado su nombre, y así labró la celebridad de que justamente goza. Juzgado por el tribunal de la Inquisición romana, y amonestado para que se retractase, atendió las exigencias de la autoridad religiosa, y gracias á su protector Cosme II de Médicis y á la amistad que un día le ligara con el ofendido Pontífice, no sufrió el tormento, como se ha supuesto hasta nuestros días, ni fué encerrado en ningún calabozo, ni llegó á pronunciar la frase *é pur si muove* (y sin embargo se mueve), que ha venido atribuyéndosele. Terminado el proceso, aunque sometido á vigilancia, vivió en paz hasta el 19 de Enero de 1642, día en que nació el gran Newton, su futuro continuador, y día en que sorprendió la muerte al sábio italia-

no en Arceti, cuando ya contaba 78 años de edad.

B. F. M.

UN HURACAN EN EL MAR DE LAS ANTILLAS.

La grande y casi constante tranquilidad que se goza en el mar de los Caribes, se ve turbada á veces por los terribles huracanes que, á través de los estrechos, gargantas y vaicos que la cordillera de las Antillas presenta, se propagan, llegando á veces á tomar tan extrema intensidad, que toda la naturaleza aparece confundida y trastornada.

Las aguas en aquellos mares, cuando están en calma, son transparentes en tal alto grado; á la profundidad de 60 ó mas brazas, se distinguen los más pequeños seres y objetos sumergidos. El buque, á semejanza de un globo aerostático, parece balancearse en la región del aire; una especie de vértigo se apodera del que sorprendido de tanta transparencia, fija su mirada en tan mágico espejo, la cual penetra sin encontrar el más pequeño óculo á través del líquido cristalino, en medio de los jardines más bellos y más encantadores, donde las conchas nacaradas y los peces de todas las formas y de los más limpios y subidos colores, brillan entre aglomeraciones de fucos y encurchados bosques de algas marinas.

Deja un cielo tranquilo, bañado suavemente del más purísimo azul; allá en lejano límite del horizonte, lleno de esplendor y resplandores azules, aroma su disco de oro el astro radiante, dotando con sus primeros rayos las altas cimas de las vecinas montañas, las anchas hojas de los bananeros y las verdes copas de los esbeltos naranjos. A veces, cuando los primeros torrentes de luz desprendidos del sol han disipado las neblinas

que cual ligeras gasas cubrían el vasto cristal del océano, las olas y las costas se multiplican, efecto de una óptica ilusión. Tan pronto crece uno vez un lecho de arena en donde antes estaba el mar, como perderse las lanchas, vistas á cierta distancia, en un inflamado vapor, ó elevadas sobre el nivel del océano, flotando en un mar aéreo, en tanto que su sombra se refleja fielmente en el líquido cristal. (Estos efectos de refracción son propios de los climas ecuatoriales).

La apacible y dulce temperatura de la mañana, convida al filósofo, al poeta y al admirador de las grandiosas obras del Sumo Hacedor, á admirar y contemplar con regocijo los ricos y variados, á la par que lujosos, paisajes de este archipiélago. Elevadísimas montañas, dominan toda la escena inferior. Al su pie se extienden bajas colinas, cubiertas de sombríos y espesos bosques. La llanura, con un suave declive y cubierta de árboles y arbustos de la más bella forma, se extiende hasta besar la orilla del mar. Al cada paso se encuentran molinos, plantaciones, ingenios y viviendas. Se llegará á formar una idea algo aproximada, reuniendo con el pensamiento, ayudado por la creadora imaginación, todos esos árboles y arbustos, cuya espléndida vegetación constituye el principal adorno de nuestros más vistosos paseos y jardines botánicos; añadiendo á nuestro capricho y buen gusto palmeras, cocoteros, plátanos, naranjos y tamarindos; colocando en los claros graciosos grupos de bambúes, variadas especies de espina de Jerusalem, oleandro y rosas de África, todo esto combinado con el brillante y vivo escarlata de los Cordia ó lebestiers, entrelazado con las trepadoras ramas del jazmin y de la vid de Granada. (Concluirá)

LA DIGESTION

ESPLICADA POR UN PADRE Á SUS HIJOS

Continuacion (1).

Antes de empezar D. Lorenzo su cotidiana esplicacion, quiso ver si sus hijos habian aprovechado sus lecciones, y al efecto dirigióles varias preguntas. Por las respuestas de los niños observó que comprendian perfectamente el mecanismo de la digestion; pero que su memoria no retenia los nombres técnicos que involuntariamente se le escapaban alguna vez, y por lo mismo se propuso evitar este escollo con especial cuidado.

Difícil es al hombre de ciencia expresarse en términos vulgares. Ni Doña Carmen ni los niños podian comprender el esfuerzo de imaginacion que costaba á D. Lorenzo estas, al parecer, fáciles conversaciones.

—¿En qué punto quedamos ayer? preguntó á Eduardo.

—Al llegar los alimentos al estómago.

—¿Teneis idea de lo que es el estómago?

—No, contestaron los niños.

—Figuraos una gaita...

—¿Como la gaita gallega? interrumpió Lolita.

—No hablo de la música, sino del instrumento. El estómago tiene la figura de una gaita. Por el tubo, que os representa el *esófago*, bajan los alimentos al saco, que es el *estómago*. Al extremo opuesto del *esófago* hay otra abertura que comunica con los intestinos.

—¿Has comprendido, Eduardo?

—Perfectamente.

—¿Y tú, Lolita?

—Sí, papá; pero yo digo que esa gaita no sirve para soplar.

—No, hija mia. El gaitero infla su gaita en fuerza de aire. El estómago, en vez de aire, recibe los alimentos. Figuraos, pues, que ahora mismo los alimentos que tomáis, despues de convenientemente preparados por la masticacion é insalivacion, llegan al estómago por el esfuerzo del tercer tiempo de la deglucion.

—Ya los tenemos en el estómago. ¿Qué sucede ahora? dijo Eduardo.

—Habeis de saber primeramente que el estómago, en su cara interna, se encuentra recubierto de una membrana, en la cual se

segrega un líquido llamado *jugo gástrico*. El contacto de los alimentos escita esa membrana, y entónces segrega esta el jugo de que os hablo.

—Yo no entiendo eso, dijo Lolita.

—¿No sientes mayor cantidad de saliva cuando tienes mucho rato en la boca cualquier objeto?

—Es verdad; pero no me habia fijado.

—De la misma manera en el estómago la presencia de los alimentos provoca la secrecion del jugo gástrico.

—Sigue, papá, que yo lo entiendo, exclamó Eduardo, á quien molestaban las interrupciones de su hermana.

—No basta, hijo; no seas egoista. Es preciso que Lolita se entere tambien.

—Ya, ya lo entiendo, dijo ésta.

—A medida que llegan los alimentos van formando una bola que recibe el nombre de *bolo alimenticio*.

—*Bolo*, Eduardo, dijo la niña con sonrisa picaresca, vengándose con este inocente epigrama del mal humor de su hermano.

—¡Niña! exclamó Doña Carmen para prevenir un disgusto fraternal.

—*Bolo alimenticio*, repitió D. Lorenzo. Toma entónces el estómago un pequeño movimiento, á merced del cual este *bolo* se mezcla mejor con el *jugo gástrico*, que va poco á poco absorbiendo, y en el cual se disuelven ciertas sustancias, como la albúmina y la fibrina.

—¿Y qué es la albúmina? preguntó Eduardo.

—¿Y ahora quién es el que interrumpe?

—Podeis hacerlo los dos siempre que queráis. La albúmina es la clara del huevo. El jugo gástrico, que es un líquido ácido....

—Yo digo *acido*, papá, objetó la niña.

—Pues dices mal, hija mia. El nombre científico es *ácido*. Os decia que el jugo de que os hablo es un líquido ácido que debe sus propiedades á un elemento especial llamado *pepsina*.

—¿*Pepsina*? preguntó Doña Carmen. Eso me lo mandaste cuando estuve mala del estómago.

—En efecto, la *pepsina* extraida de los cuajares de carneros ó de vacas se usa en algunas enfermedades, despues de ciertas preparaciones y mezclada con almidon para reducirla á polvo.

—Bien, papá. Ya tenemos los alimentos

(1) Véase la pág. 278.

mezclados con el jugo gástrico. Adelante.

—Disueltas en este jugo la albúmina y la fibrina, como la saliva disolvió la fécula ó sustancias harinosas, quedan formando una especie de papilla semi-líquida, que se llama *quilo*.

—¡Y cómo se disuelven?

—Del mismo modo que el azúcar, por ejemplo, se disuelve en esta taza de café, dijo D. Lorenzo, que comenzaba á saborear el moka.

—¡Ah! vamos, se deshacen, dijo Lolita.

—Eso es. De manera es que los alimentos mezclados con el jugo gástrico se convier-

ten en *quilo*, y por eso á este acto se le llama *quilificación*. En resumen, los alimentos en el estómago empiezan por formar el bolo alimenticio, se mezclan con el jugo gástrico que disuelve algunas sustancias, y quedan formando una papilla que recibe el nombre de *quilo*.

En este punto concluyó D. Lorenzo su taza de café, y suspendió su explicación, prometiendo darla por terminada al día siguiente.

(Se concluirá.)

V. MORENO DE LA TEJERA.



Gran desierto de Korosko.

EL GRAN CAPITAN

CUENTO

Dicen que el hombre, desde sus primeros pasos en la vida, manifiesta tendencias á aquella carrera ó profesion que andando el tiempo ha de darle de comer, y aún muchas veces hacerle célebre.

Yo tengo esto por uno de tantos dichos sin razon, y lo probaré con mil ejemplos... aunque esto sería muy largo: prefiero elegir uno solo, y es bastante.

A ser cierto lo que acabo de decir arriba, yo debía ser hoy uno de los cocineros más célebres de la cristiandad, porque siendo niño tenía una afición decidida á *hacer comiditas* con otros muchachos de mi edad.

Continuamente andaba con platos y cacerolas; tenía á orgullo el confeccionar manjares de mi invención, que nadie, ni aún yo mismo, podía probar despues.

Pues bien, andando el tiempo, aquella afición desapareció por completo, y ya no he vuelto á acordarme del arte que inmortalizó á Vatel y á tantos otros.

Estas reflexiones me las sugiere un hecho práctico de que he sido testigo.

En mi niñez tenía yo un amigo muy íntimo, llamado Adolfo.

A la sazón contaríamos nueve ó diez años cada uno.

Adolfo era el reverso de mi medalla: mientras yo me dedicaba á la confección de los platos más raros, cuyas recetas de mi invención no figuran por fortuna en ningún

arte de cocina, él se dedicaba á la guerra.

Tenia á su disposicion unos cientos de soldados de plomo, con los cuales daba batallas, que siempre ganaban los ejércitos que él mandaba, por lo cual en la escuela y fuera de la escuela era conocido entre nosotros con el nombre del *Gran Capitan*.

Aparte de estas disposiciones que manifestaba para la táctica guerrera, sus juegos propendian siempre á los golpes y batallas, pequeñas guerrillas en las que él iba siempre al frente de uno de los ejércitos beligerantes.

Esta aficion se traducia con mucha frecuencia en golpes que recibia; pues no siempre en las batallas llevaba la mejor parte.

No era raro verle entrar en su casa con un cardenal junto á un ojo, ó una contusion en una pierna, ó una mano vendada.

Todas estas cosas formaban la desesperacion de su abuela, que al verle llegar á su casa con algun desperfecto en su persona, solia esclamar á voz en cuello:

—¡Jesús, qué disgustos me dá esta criatura...! ¡el pícaro va á parar en un patíbulo!

Esta frase no es original de la abuela de Adolfo: la mia me la ha repetido en situaciones idénticas más de veinte veces.

Es lo cierto que Adolfo no se enmendaba por eso, y se curaba un cardenal con una contusion, y muchas veces esta con una herida.

Recuerdo perfectamente, y este es un detalle de que luego echaremos mano, que Adolfo no tenia miedo en este mundo más que á Fifi.

Era esta una gran muñeca que tenia su hermana, bautizada con tan extraño nombre.

Adolfo la profesaba un respeto supersticioso, y por nada ni por nadie en el mundo hubiera consentido en disgustar á Fifi.

Bastaba que le dijeran, cuando hacia alguna cosa *non sancta*: «Mira que vas á dar un disgusto á Fifi.» para que él dejase de hacerlo en seguida.

Ignoro de lo que provenia este respetuoso temor.

Andando el tiempo, Adolfo y yo nos separamos; él ingresó en la escuela de cadetes de Toledo, y yo en un seminario.

—Tú serás capellan de mi regimiento, me decia: á lo que le contestaba yo:

—Y tú serás mi padrino en la primera misa que cante.

Sin embargo, ni él debia ser militar, ni yo sacerdote.

Respecto á mí, no os diré el por qué de haber mudado de vocacion: os hablaré de Adolfo, que es el hecho más curioso.

Habian pasado ya algunos años sin saber uno de otro.

Llegó un verano en que yo salí de Madrid para pasar unos dias en un pueblo de la provincia de Avila.

Una mañana me trasladé á la iglesia,

pues segun me dijeron era un monumento que encerraba algunas bellezas arquitectónicas.

Estaba embebido en muda contemplacion, cuando se me acercó un muchacho, invitándome á que le siguiera en casa del señor cura, que deseaba hablarme.

Accedí gustoso á tan cortés invitacion, y sin salir á la calle me ví en el despacho del sacerdote, cuya casa tenia comunicacion con la iglesia.

El muchacho me dejó solo.

Yo entónces tendí una mirada por la habitacion, y no pude ménos de quedar agradablemente sorprendido al encontrar á una antigua conocida.

Debajo de un fanal, encima de una consola antigua, sin haber envejecido lo más mínimo, ví á Fifi, la gran muñeca de la hermana de Adolfo.

El corazon me dió un vuelco al contemplarla; estaba tan bella y rozagante como cuando la conocí, porque el tiempo es impotente contra la lozanía de las muñecas bien tratadas; esta es una de las propiedades de esos pedazos de carton.

Inmediatamente me ocurrió la idea de que estaba allí el ama de Fifi; tal vez, pensaba yo, es la que cuida al sacerdote, que por ella me ha hecho llamar. ¡Buena ocasion para que me dé nuevas de Adolfo.

No habia concluido de formular mi pensamiento, cuando apareció á mis ojos Adolfo en persona; pero no adornado de un bélico uniforme, como yo presumia, sino envuelto en una hopalanda negra, con alzacuello y bonete.

Vernos y abrazarnos, fué todo una misma cosa.

—¡Pero Adolfo, le dije, tú sacerdote en vez de estar mandando un regimiento!

—¡Eso te admira!

—¡Pardiez!

—Pues aún te admirará más la causa de lo que podemos llamar mi conversion.

—Supongo que será curiosa.

—Mira, ahí la tienes.

Y me señaló con el dedo á la muñeca.

—¡Cómo! ¡Fifi! exclamé yo retrocediendo y mirando á mi amigo, de cuyo juicio empezaba á dudar.

—No en vano, prosiguió Adolfo, la he tributado yo tanto respeto desde mis primeros años.

—Ya, ya me acuerdo... ¿pero cómo ha podido una muñeca...?

—Escucha y verás: una noche estaba yo en el Colegio de Toledo, pidiendo á Dios que me ayudase á terminar con aprovechamiento mis estudios para vestir el uniforme.

Recuerdo que poco á poco el sueño fué entornando mis párpados... me quedé dormido... aunque aún lo ignoro.

Efectivamente, como verás, no puedo decir de un modo positivo que dormia.

A poco sentí abrirse la puerta de mi apo-

sento, y vi entrar á Fifi con ese paso mesurado y sin ruido de los fantasmas; llegóse á mí, me cogió la mano, y me dijo como el Señor á Lázaro:

—Levántate, y anda.

Y anduvimos los dos... no sé cuánto tiempo; ella me conducía por sitios desconocidos, que yo no había hollado nunca con mi planta.

De repente sentí un ruido infernal, y percibí un olor á pólvora que me enardecía la sangre.

Desembocamos en una gran llanura, ocupada por dos ejércitos que peleaban con encarnizamiento; era una verdadera batalla donde no se daba cuartel.

Yo hasta entónces no creía haber visto ni leído más que la parte de gloria en las lides campales; entónces vi todos sus horrores.

Los hombres, nacidos de una misma madre, que es la tierra, hermanos por consecuencia, se mataban con encarnizamiento, sin saber si era una causa justa, ó la ambición de sus jefes, la que les obligaba á ello; yo veía las anchas y profundas heridas que se abrían con sus armas perfeccionadas, oía los ayes de los mutilados por el cañon, las plegarias y las maldiciones de los que morían...

Y no era esta la parte más horrorosa de la lucha: no estaba allí, ni en los hospitales de sangre...

La parte más bárbara de ese acto bárbaro y cruel que se llama la guerra, estaba en las aldeas, donde yo veía sollozar á las madres, hermanas y padres de los combatientes, espectáculo terrible y conmovedor, que yo hasta entónces no había soñado.

Aquellas pobres gentes perdían un padre ó un hermano por la ambición de los hombres.

Entre el espantoso fragor de la pelea oí la voz de Fifi, que dominando el ruido de los fusiles y de los cañones, me decía:

—¡Esa es la guerra!

Cuando volví de aquel extraño sueño, me encontré en mi cama, jadeante, cubierto de sudor, como si hubiera hecho una gran jornada.

Entónces ví con horror los libros que me recordaban mis estudios.

Si hubiera sido mujer, me hubiese hecho hermana de la caridad; era hombre, y formé el propósito de hacerme sacerdote.

Esta es la causa por la cual me ves visitando estos hábitos.

Yo no me hago ilusiones; aquel fué un sueño, pero un sueño profético que me inspiró Fifi, la muñeca de mi hermana, de la cual juré no separarme jamás.

Así concluyó de hablar Adolfo, dejándome absorto y admirado.

Las grandes resoluciones penden casi siempre de las causas más fútiles.

Volviendo ahora al principio de este cuento, siempre que veáis un niño que manifiesta tendencias belicosas, podeis asegurar, sin que los hechos os desmientan, que vendrá á parar en sacristan de monjas, lo mismo que Adolfo no paró en militar, ni yo en cocinero.

PEDRO ESCAMILLA.

GRAN DESIERTO DE KOROSKO

Uno de los más célebres viajeros contemporáneos, y uno de los más inteligentes exploradores del Africa, ha sido indudablemente Samuel W. Baker. Sus escursiones por la cuenca del Nilo, sus esfuerzos por descubrir las fuentes de este rio, y los sufrimientos que afrontó, le han valido con justicia el justo renombre de que goza.

En las relaciones de sus viajes describe el desierto de Korosko, desprovisto de esa lujuriosa vegetación propia de los trópicos y característico por la série de montículos, en forma cónica, que le dan un aspecto fantástico y sorprendente. Entre esas singulares eminencias, tan semejantes entre sí y que tan fácilmente confunde el hombre, sucede muchas veces que el viajero se extravía, se desorienta y se ve asaltado por alguna de esas bestias feroces que recorren el suelo de la antigua Libia, y que tantas víctimas tienen á su cargo.

El grabado de la pág. 301 dá una idea del extraño panorama que presenta el desierto de Korosko, no explorado aún con el detenimiento que su importancia reclama.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 304.

Núm. 1.—Continuación del abecedario para ropa blanca, que empezó en la pág. 288.

Núm. 2.—Ramo para adornar ropa blanca, cordoncillo y arenilla.

Núms. 3, 4 y 5.—Cenefas para ropa blanca. Letras y cifras.

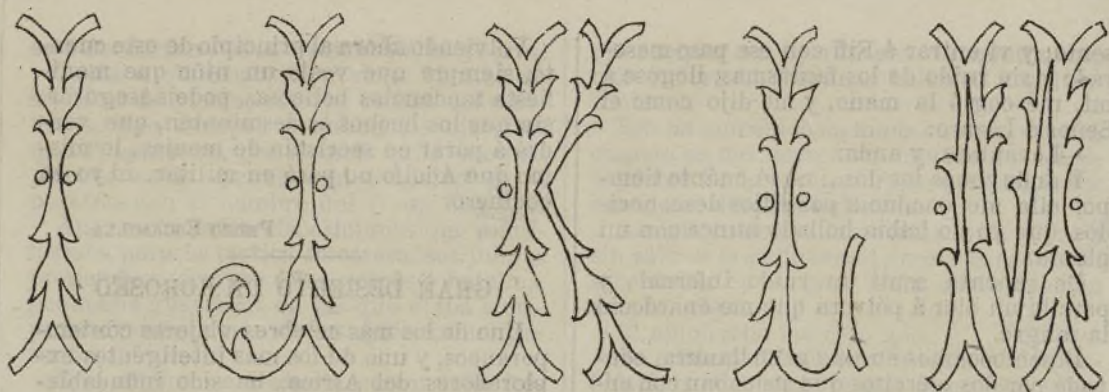
PROBLEMA

• • • •
• • • •
• • • •
• • • •

Escribanse cuatro nombres tales que horizontal y verticalmente sean: el primero, una palabra con que se expresan los objetos en general; el segundo, una sinonimia del verbo atrever; el tercero, la forma femenina de una voz sinónima de costal, y el cuarto, un vocablo que exprese una importante operación de los agricultores.

(La solución en el próximo número.)

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.



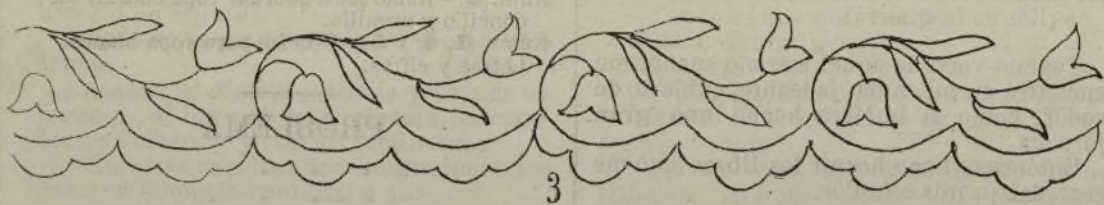
1



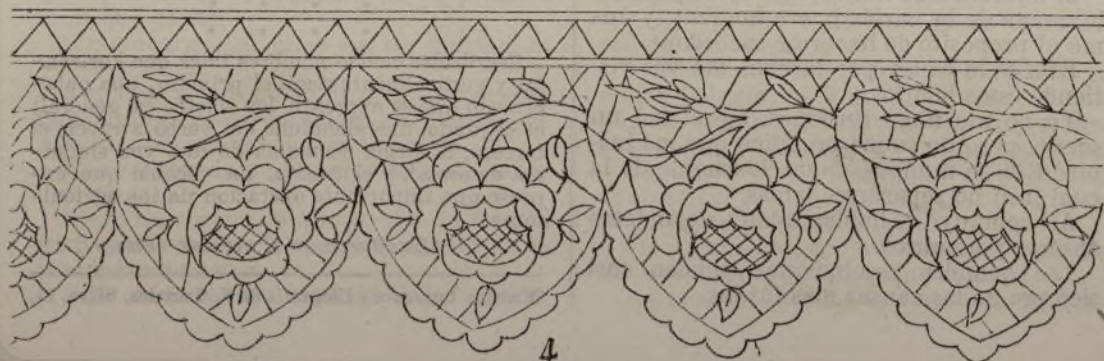
5



2



3



4